JUAN E. ARCIA

Academia Venezolana Correspondiente
de la Real Española.

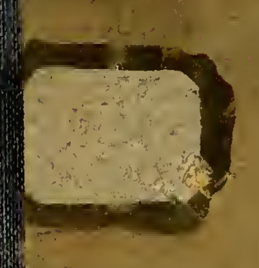
DISCURSO

EN EL

CENTENARIO DE FERMIN TORO

23 DE SEPTIEMBRE DE 1907

CARACAS
IMPRENTA NACIONAL
MCMVII





JUAN E. ARCIA

Academia Venezolana Correspondiente
de la Real Es, añola.

DISCURSO

EN EL

CENTENARIO DE FERMIN TORO

23 DE SEPTIEMBRE DE 1907

CARACAS
IMPRENTA NACIONAL
MCMVII

Señores:

El Destino, ese dios caprichoso de los griegos, me trae á esta tribuna. ¿Qué son para él capacidad ni merecimientos? Nada! Su inexorable voluntad me ha situado entre dos generaciones para que, por desdicha vuestra y menoscabo de una memoria ilustre, sea yo quien venga á hablaros de un literato insigne, del más grande quizás de nuestros grandes oradores.

Dos sentimientos nobles guiaron á mis compañeros de Academia á designarme orador en este acto. Por desinterés declinaron la honra del discurso, y por confraternidad en letras quisieron, que al par que la docta Corporación que ha contado y cuenta en su seno á muchos de nuestros más esclarecidos ingenios literarios, viniese yo como á representar á la juventud intelectual de Venezuela.

Ya lo sabéis, señores, mi puésto, que es el último en merecimientos académicos, y mis cabellos negros, símbolo de la legión de artistas que ha florecido últimamente en nuestra patria, son los únicos títulos que tengo para venir á haceros un pálido recuento del hombre cuyo cerebro todo luz levantó con páginas más duraderas que el granito un monumento augusto, el pedestal de su envidiable gloria.

Ha tiempo que en Venezuela no se oía un rumor de apoteósis, ha tiempo que el fragor de cañones fratricidas sepultaba en silencio de tumbas el himno de alabanzas que debemos á los apóstoles del arte; se necesitó la acción fuerte y saludable del actual Presidente de la República para que, abatido el monstruo de la guerra y salvos el decoro y el progreso de la Nación, los venezolanos henchidos de júbilo viesen en la celebración de este acto que, restañadas las heridas, la patria vuelve á acariciar en su regazo á los hijos del ensueño, á los que no tienen más armas que el pensamiento, ni más ruta que la luminosa seguida por Don Quijote en busca de una cumbre: el ideal!

Yo también vengo lleno de regocijos á esta fiesta, *tributo bello que honra al que lo recibe y honra al que*

lo ofrece; (1) y vengo, pobre de mí, fascinado por la admiración á seguir con débiles alas el vuelo de un cóndor majestuoso que se avecina al cielo.

Ante todo debo hablaros de la colonia, esa como noche sin luna de la América, en que las almas, sedientas de sabiduría, peregrinaban á tientas sin encontrar la luz de los progresos humanos. España estaba muy distante. Nuestra condición de colonos nos vedaba el derecho de hijos y de hermanos. La madre nos desheredaba y las ondas del Atlántico eran líquidas murallas que nos separaban de la civilización. Si la tierra como el Cristianismo hubiese tenido un limbo, nuestros padres hubieran sido sus moradores. ¿Y quiénes en tan desoladora lobreguez pudieron con esfuerzos titánicos bañar sus frentes en las fulguraciones del sol? ¿Quiénes, como el ladrón que oculta en la caverna el botín del asalto, llevaban á sus oscuros gabinetes los libros que fueron la simiente de las ciencias y de las artes que germinaron en las regiones americanas? Fueron unos escasos luchadores, unos contrabandistas de ideas; los mismos que más tarde levantarían el grandioso edificio de la patria y lo exornarían con las obras de sus privilegiadas inteligencias. Entre los que realizaron la últi-

ma tarea á Fermín Toro le corresponde un puésto prominente.

En todas las tribus, en todas las sociedades, en el mundo entero, existen los privilegiados, reducido número de hombres inclinados al bien y al adelanto de la especie; pensad en éllos, vedlos como desde el comienzo de su vida se destacan entre la multitud que, menospreciando el tesoro de su corazón y de su inteligencia, hostilizan sus propósitos, ridiculizan sus sueños y quieren exterminar en éllos los embriones de gloria. Es un enjambre de bestias humanas que, asidas á las ruedas, pretenden detener el poderoso carro del progreso. No importa, la fuerza del espíritu es más irresistible que el brazo de la insensata muchedumbre. Fermín Toro es un ejemplo de este aserto. Desde su niñez, reducido á un lúgubre rincón de esclavizadas colonias, siente en su cerebro uno como foetazo del destino, y desde entonces no habrá obstáculos para su sed de conocimientos, como más tarde no los hubo para el brillo de sus talentos y virtudes. Pocos como él se ilustraron en un medio más adverso; primero el vasallaje y después la guerra redentora de cuyas charcas de sangre debía surgir una aurora de libertad para la América. Parece increíble que du-

rante esas épocas de oscurantismo y duelo pudiera el varón eximio segar mieses en los campos de las artes y las ciencias para luego contribuir con su valioso acopio á la defensa y engrandecimiento de la República.

Allí está, no es el vanidoso diletante que alardea de superficial sabiduría; es el sereno luchador del pensamiento que sin jactancia, y sólo cuando la humanidad lo requiere, se presenta en el escenario de la vida armado Caballero de la Idea: su celada es de luz, su lanza es de justicia, su coraza es de templado patriotismo, su cabalgadura es un pegaso que lo conduce al castillo de las musas, princesas del ensueño, y su dama es la doncella que en castidad de amores le inspira clemencia cuando triunfa y altivez indomable en la derrota.

No es mi propósito seguir paso á paso la historia de Don Fermín Toro. Sería empresa temeraria querer encerrar en el reducido cuadro de un discurso la vida múltiple de quien fué poeta, filólogo, jurisconsulto, prosador, filósofo, orador, diplomático, periodista, historiador, matemático, estadista, poligloto, químico, geólogo y botánico. ¡Qué venero tan rico en sabiduría! Sólo así, estableciendo un justo equilibrio entre el ingenio y

la erudición, es como se imponen á la posteridad los literatos verdaderamente grandes.

Estudiemos al artista: su escuela, como la de todos los escritores de su época es la clásica; pero su clasicismo carece de los amaneramientos y prejuicios que hicieron pesado el estilo de muchos otros de sus contemporáneos. Su inspiración llena la vieja odre con un vino que deleita y embriaga; él desciende legítimamente de los Cervantes, Calderones y Tirsos de Molina.

Las producciones de Toro son relativamente escasas, pero en su mayor parte tienen el brillo y la solidez del rádium; tal acontece con el Juicio Crítico acerca de la Historia Antigua y de la Edad Media, esas páginas que se anticipan al sonido de la trompeta que habrá de levantar de sus tumbas á las pasadas generaciones. En ellas resucitan las naciones antiguas, menos Grecia, aun no muerta para el poeta, que no muere el pueblo *hacia cuyo polvo vuelven todavía las miradas reverentes todos los que guardan en su alma como un fuego sagrado el sentimiento de lo bello y el culto de las gracias.* (2).

Este Juicio es para mí la obra más hermosa y acabada de Toro. En ella se ve al literato adelantán-

dose á su época: su prodigioso pensamiento es la saeta sutil que atraviesa las misteriosas brumas del futuro.

Si despojadas de la firma, se publicasen hoy las ideas en que sintéticamente expone la lucha entre la tradición bíblica y la doctrina de la generación espontánea, los versados en tales materias las juzgarían hijas de un sabio de nuestros días que comenta los adelantos de la ciencia positivista.

Lo permitiesen el tiempo y la ocasión, y yo, enamorado de ese Juicio Crítico, os hablaría de él extensamente, y os recitaría un bello párrafo en que el historiador condensa la vida de la soberbia Roma, y otro más bello aún donde nos presenta al Dante *elevándose al Cielo con las alas de su inspiración y deteniendo para su inmortalidad las ondas tenebrosas del olvido.* (3).

Ojalá me fuese dado prodigar iguales elogios á todos los trabajos de Toro; pero mi honradez me veda hacerlo, y á riesgo de equivocarme, diré que la *Viuda de Corinto,* no obstante lo bello del estilo y la expresión bien definida de algunos estados de alma, no corresponde á los talentos del autor. La obra está impregnada de extranjerismo, tendencia literaria de que adolecen la

mayor parte de los escritores de la época en que fué publicada; y á más de esto, el romanticismo, criticado acerbamente por el mismo Toro, es planta que arraiga de tal modo en el episodio que atrofia el buen gusto y la naturaleza del artista, haciendo que su fantasía se roce con lo inverosímil en arranques patéticos verdaderamente lamentables.

El *Baile del Casino* y *Bolívar* son trabajos de muy distinta índole á los que acabo de mencionar. En estos la descripción se impone, y los detalles son trabas á la gallardía del pensamiento. Comprendo muy bien que el escritor se vió obligado á describir minuciosamente las fiestas, y que sólo á trechos, rompiendo la monotonía del relato, dejó escapar la dominadora lucidez de su estilo. De allí que su pluma alterne entre lo débil y lo fuerte, entre lo trivial y lo originalmente hermoso.

En el *Baile* nos seduce con el boceto de Isabel II: la joven reina ha sido su pareja en un vals, y el poeta, sobreponiéndose al diplomático, abre la flor de su ingenio para ofrendarla galante á quien el destino hizo soberana de las Españas y la naturaleza soberana gentil de la hermosura.

En *Bolívar*, después de cumplir el encargo del Gobierno describiendo paso á paso cuanto ocurriera en la traslación de los restos del Libertador, vemos que el literato de elevados vuelos resurge de manera inesperada para hablárnos del héroe de la fama y de la libertad.

Fué entonces cuando el filósofo, en exaltación patriótica, pudo decirnos bellamente: *El hombre inagotable en sensibilidad y débil en su razón, con la impotencia de un átomo y con el orgullo de un Dios, no tiene más que una idea clara, no tiene más que un destello puro de una razón superior, esto es la libertad, esa fuerza inmaterial que el peso del Universo entero jamás podrá subyugar.* (4).

El verso es la forma más delicada y bella del pensamiento, diríase un peplo que al través de la gasa sutil dejase entrever la milagrosa hermosura de las ideas. Nada hay más noble, nada hay más digno de contener las lágrimas arrancadas por el dolor que el ánfora cincelada del verso; nada hay más armonioso, nada hay más sublime para expresar la carcajada del placer que un sonido de lira, de ese instrumento corazón del arte. Cuando el amor, el heroísmo, el duelo, exal-

tan los sentidos, el alma se incorpora, y de pié sobre la bestia de carne cristaliza la sensación que la levanta y arroja un grito rítmico: la estrofa!

En Toro el poeta no desdice del prosador. Su cerebro abarca todas las formas del pensamiento, y ya sea historiador, tribuno ó bardo, siempre lo veréis en alto: hay que levantar la frente para contemplar su talla de gigante.

En poesía la grandilocuencia de su verbo se hace dúctil para caber en el estrecho molde de la estrofa. Parece imposible que los pomposos períodos del prosador exuberante se transformen en simétricos renglones eslabonados con pedrería de rimas.

La *Silva á la Zona Tórrida* es un canto lleno de inspiración y colorido. El hijo del trópico, después de visitar las regiones brumosas del Norte, se extasía con un cielo de fúlgido zafiro y describe nuestro sol en versos que pudieran ser un himno religioso de los Incas:

El sol, ígneo gigante,
De un piélago de luz salta glorioso
Y el carro precipita esplendoroso
Los cercos escalando de diamante.

Cual inmenso volcán la etérea llama
Los anchos cauces de Occidente inunda,
El seno invade de la mar profunda
Y en lava de oro el universo inflama.

Tan bella como esa composición é indudablemente más delicada, pues tiene toda la sensibilidad exquisita del espíritu moderno, es la *Ninfa del Anauco.* Hay en ella pulcritud de forma, expresión artística del amor que la inspira y pinceladas de paisajista que nos recuerdan á los más esclarecidos parnacianos. Después de describirnos los encantos de la celebrada deidad, el bardo la presenta vagando por el césped junto al río en una estrofa, gema de límpidas facetas que para obsequiaros desprendo de tan maravilloso joyel:

Y si prendida la falda
El pié en la yerba humedece,
Un blanco lirio parece
En un vaso de esmeralda.

Si Toro no hubiese escrito la poesía á *Carmen,* ni otras más de indiscutibles méritos, las que he mencionado bastarían á perpetuar la deslumbrante fama de sus versos.

He retardado ex profeso mis conceptos sobre el orador; he querido que sospechéis que estando la tribuna del parlamento tan ligada á la política, fuese yo, contrario en ideas á las profesadas por Toro, capaz de pasar inadvertidos los triunfos alcanzados por su elocuencia avasalladora. Si, quise que me juzgaseis injusto, para luego deciros: cuando se es joven y liberal no se puede ser ruin, no se puede despojar de merecida gloria á un adversario incuestionablemente ilustre.

No es mi ánimo entrar en disquisiciones de política. Ojalá me fuera dado callar en este recinto el nombre de ese ídolo de luchas y de sangre; pero, ¿cómo habría de evocar la belleza de los discursos pronunciados en la Convención de Valencia sin referirme aunque ligeramente á los agitados días de la Revolución de Marzo? ¿Cómo silenciar la efímera victoria de Castro el débil, cuando el Protocolo y el Decreto de Amnistía originaron las controversias parlamentarias de la Gran Convención Nacional?

El Dictador ha convenido ante los representantes diplomáticos de Inglaterra y de Francia en la libertad del General José Tadeo Monagas, ha concedido amplia amnistía á los políticos vencidos, y ha procla-

mado la unión de todos los venezolanos. En ese momento se abren las puertas del parlamento. Acuden á él los hombres más notables de los dos partidos antagónicos para darse un abrazo de confraternidad y dictar las leyes que consideren necesarias á la salud de la República; pero hé aquí que algunos liberales desconfían del Dictador y buscan en las armas escudo á sus garantías personales y el triunfo de sus ideas. La unión se debilita, las pasiones banderizas despiertan en las almas justificados recelos, y ante la Asamblea se presenta como un fantasma el cumplimiento de los compromisos contraídos.

La división es inevitable; en el mismo bando conservador unos, alegando los intereses de partido y la tranquilidad pública, abogan porque se falte á lo pactado; y otros desean que se cumpla el programa revolucionario, libertando á Monagas y perdonando á sus parciales. Toro pertenece á los últimos: ha formado parte del Gabinete de Castro, y es natural que defienda los actos por él sancionados. Sus miras políticas de entonces y los impulsos de su alma, inclinada de suyo al bien, dan mayores alientos á su verbo. Es un atleta del pensamiento que ocupa la tribuna para abogar por la clemencia. Escuchadle!

Tengo, señores, una ventaja en esta discusión: no tengo que contrariar mis principios; no tengo que fingir una exacerbación de justicia hoy para hacer olvidar mis acciones de ayer, y cuando pido el manto de la clemencia para arrojárselo á otros, no para arrojárselo, señores, la expresión es dura y no sale de mi corazón, para tenderlo con mano amiga á tantos venezolanos extraviados. (5)............................

Los que hemos resistido al torrente turbio y sangriento de diez años, que ha arrastrado, es preciso decirlo, media República, los que tenemos todavía las manos ensangrentadas de asirnos á las malezas de la orilla para no ser arrebatados, somos los que estamos más dispuestos al perdón; los que vengan por la senda áspera y penosa del arrepentimiento á llamar á las puertas del templo de la concordia, encontrarán siempre mi voz para decir: perdón! (6)

No es Toro de los oradores que solicitan el aplauso halagando las multitudes. El, como todos los grandes maestros de la palabra, sabe que la admiración no se mendiga sino se arranca muchas veces del mismo pecho que se hiere. Así cuando habla de la veleidad de las ciegas muchedumbres exclama:

La verdad debe decirse porque nunca la verdad daña, he visto también al pueblo, señores, como un maníaco arrastrado al sonido de la palabra libertad celebrando su ignominia y su humillación. (7)

Después cuando se refiere al crimen político, y aboga porque los contaminados de ese mal sean recluídos, á fin de que no se contagie la parte sana de la clase gubernativa, dice:

Es cierto, señor, que hay uniones repugnantes tanto en la naturaleza como en la política: uniones cuyos frutos deben ser odiosos, odiosos como el fruto del incesto. (8)

A millaradas podría seguir citandoos las bellezas oratorias que contienen los discursos de Toro: su recriminación á las revoluciones, su síntesis de constitución para pueblos incipientes, su defensa á la verdad, y la ingeniosa habilidad conque en cada exordio forma un brocado donde el hilo de la palabra corre y dibuja el pensamiento de oro.

La Convención Nacional tuvo la suerte de abrigar en su seno á casi todos los oradores notables de aquella época: allí estaba Rendón, el tribuno que con

sublime prédica de apóstol liberalizó nuestras comarcas orientales; allí estaba Espinal, el de la elocuencia persuasiva en improvisaciones fáciles y desbordantes de erudición; allí estaba José Silverio González, varón inmaculado y sabio en cuyo verbo luminoso aprendimos los cumaneses á amar la libertad; allí estaba José Eusebio Gallegos, orador austero y convincente, patricio digno del senado romano; allí estaba Morales Marcano, el altivo, el brillante, el acerado, un príncipe de la palabra que transformaba la tribuna en trono; allí estaban otros más....grandes también; y allí, por sobre todos los grandes, estaba Fermín Toro, águila de la Convención de Valencia.

La vida del Diplomático es vida de victorias. Se inicia como Secretario de nuestra Legación en Londres y presta importantes servicios á la República; después vá á Nueva Granada de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, y no obstante no arreglarse entonces, como no lo ha sido todavía, la cuestión de límites con aquella nación, sus trabajos son tan notables que han servido á nuestra Cancillería para hacer luz en los delicados asuntos á que éllos se contraen.

Sorprendentes fueron las dotes de Toro para la carrera diplomática; á más de las anotadas, le cupo la honra de desempeñar dos misiones en España: en la primera finalizó la obra del General Carlos Soublette obteniendo el reconocimiento de nuestra independencia, conquista que por si sola le daría merecido y envidiable renombre; y en la segunda logró vencer nuevamente el calmado pero no extinto rencor de los españoles por la patria de Bolívar.

No ha mucho que con caballerosa amabilidad me refería Don Mariano Julio Palacios, Secretario de la Legación, que recrudecidas las heridas, los peninsulares daban rienda suelta á sus resentimientos y nos calificaban de salvajes por no haber protegido á súbditos españoles que, tomando pretexto en nuestras guerras intestinas, aspiraban, como ha sucedido casi siempre, á reclamaciones injustas. Toro no era entonces el acatado de la Corte; ya la Reina había olvidado la cultura de su pareja en el Baile del Casino, y la prensa desbordaba en injurias contra Venezuela. ¿Qué hacer para salir avante? El diplomático toma un camino no trillado: convoca á todos los periodistas á una conferencia para explicarles su misión y las razones que nos asisten.

Cuando llega la hora fijada, el patricio venerable se pasea nervioso por sus habitaciones, interroga al joven Secretario sobre lo que piensa de su actitud, le pide un cigarrillo, lo estruja entre los dedos convulsos, absorbe un polvo de tabaco, y de repente le dice vamos, no hay tiempo que perder. Ya en el salón de la conferencia el luchador parlamentario resurje: habla, expone nuestra justicia, invoca la nobleza española, domina el auditorio, y cuando aun no ha terminado su exposición, siente que un periodista hidalgo le estrecha en sus brazos para expresarle que ha triunfado. Desde aquel momento la opinión cambia en España, y un nuevo laurel resplandece en las sienes del patriota esclarecido.

Y después la nostalgia, el pensamiento fijo en el hogar, blanco nido en un valle al pié de unas montañas de amatiste. La hora del regreso es algo como resurrección para su espíritu. Sopla el viento, cruje el cordaje, el casco se estremece, el velero es un bridón de sueltas crines, y de piés sobre el puente, el vencedor escudriña las nubes del ocaso y acelera en la mente el arribo feliz á la región de las playas de oro, donde le esperan aplausos y amores; es el mensajero triunfador de

las antiguas guerras tornando á la ciudad que en inquietud le aguarda, con el ramo de olivas en la mano.

La República se conmueve, su seno es un volcán cuyos ímpetus desgarran la corteza de la tierra; es la impetuosidad de un pueblo joven que busca en las revoluciones el camino más corto hacia la libertad. Toro está fatigado de la lucha, el acíbar de la vida lo aleja del bullicio; piensa en lo porvenir y le ofrenda á la patria el último tributo de su amor: se impone la dolorosa tarea de llenar con el raudal de su sabiduría el ánfora nueva de los venezolanos del mañana. Y la empresa lo abruma, los desengaños van minando su espíritu y su cuerpo; comprende que se acerca la hora de regresar al polvo y siente que en su corazón se revive el amor hacia la verde tierra de los trópicos. Los dolores despiertan al poeta antes adormecido; y con blusa de dril, sombrero de palma y cayado de vera emprende silenciosa peregrinación al santuario de la naturaleza. Todos los riscos y las grietas del Avila sienten el roce de su planta venerable. No hay espesura de la sierra que su vista no escudriñe para sorprender los encantos de nuestra flora.

Las noches sucedieron á los días y el poeta no abandonó las entrañas del bosque, los umbrosos lambre-

quines de apamates y marías aplacaron el fuego del bochorno para sus sienes fatigadas; y cuenta la leyenda que, nuevo Francisco de Asís, se dirigió á las aves, las llamó hermanas, y con armonía inimitable les recitó el poema de la creación y de la vida. Las aves le entendieron, revolotearon sobre su cabeza, siguieron sus huellas y visitaron sus hombros para oírle mejor. Un día no lo hallaron, con inquietud de trinos inquirieron de la maleza, de los arroyos y de las flores, y nada supieron del hermano....el hermano había desaparecido; desde entonces aquellas aves enmudecieron y se posaron en los árboles como centinelas que esperaran la vuelta de la belleza. Y el hermano no regresaba, y los centinelas de la belleza perecieron inmóviles, y sobre las ramas donde se posaron florecieron nuevos lirios, hortensias y gladiolas....

El descenso fué amargo, el cayado era aún fuerte y la alforja liviana: los versos tienen alas; pero el acongojado peregrino presintió que aquella era su última romería á la tierra del arte. Cuando llegó á la falda volvió la vista, miró la cima, la bruma y la floresta, su ojos se anegaron en lágrimas, y fué mudo el adiós como son mudos los dolores grandes. Tornó á la celda y se

encerró entre paredes blancas, luego se retrajo más y se encerró en su alma, blanca también, y desde ese instante no miró al porvenir, vivió de los recuerdos. Una vez abrió el viejo cofre donde guardara las riquezas que había de legar á los seres queridos, eran papeles amarillentos; cada una de aquellas hojas señalaba un día de gloria y formaba un peldaño de la escala del templo de la inmortalidad. El poeta y el orador se entristecieron más, ¿qué valor tendrían para la mayoría de los hombres los frutos de su cerebro, la cristalización de su alma? Ninguno! Cerró el cofre, siguió pensando y tuvo la desgarradora convicción de que la fama literaria es casi siempre una túnica luminosa que sirve de sudario á los amantes de la belleza y del ensueño.

Es una tarde de diciembre de 1865. Las nieblas del invierno son más densas, el cielo y el Avila se oscurecen, cae una lluvia sutil, y parece que la naturaleza sollozara. La claridad desmaya; para las multitudes es el crepúsculo del día, para los soñadores es el crepúsculo del arte. Son dos astros que se alejan. El de las turbas tornará mañana, el de los privilegiados vagará en las sombras sin volver á deslumbrar á los miopes de in-

teligencia; pero siempre estará claro y puro con resplandores de estrofas y de cláusulas sublimes para los que en recogimiento estético fijan los ojos en el cielo de la literatura. Sí, señores, el fulgor del cerebro no se apaga ....
............Fermín Toro no ha muerto!

NOTAS
DE LAS OBRAS DE FERMIN TORO

NOTAS
DE LAS OBRAS DE FERMIN TORO

(1) **Bolívar.**—Página 23.—Imprenta de Valentín Espinal. —Caracas.—1843.

(2) **Juicio Crítico acerca de la Historia Antigua y de la Edad Media.**— Biblioteca de escritores venezolanos.—Doctor J. M. de Rojas.—Página 472.—Jouby et Roger.—Editeurs.—París.

(3) **Idem, idem.**—Página 476.

(4) **Bolívar.**—Página 32.

(5) **Diario de Debates de la Gran Convención Nacional.**—Discurso pronunciado en la sesión del 23 de julio de 1858.—Imprenta de José María Soriano.—Valencia.

(6) **Idem, idem.**—Discurso pronunciado en la sesión del 9 de agosto de 1858.

(7) **Idem, idem.**—Discurso pronunciado en la sesión del 8 de julio de 1858.


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00023299253